

Elocuencia: el arte de hablar.

Postura, ademán, gesto y voz

JORGE EDUARDO GIRÓN BARRIOS*



Elocuencia: el arte de hablar. Postura, ademán, gesto y voz

Resumen

Todos los géneros y estilos de la elocuencia tienen como propósitos conmover y convencer. El arte de hablar debe distinguirse de acuerdo con las circunstancias en que se ejerce. La buena ejecución oratoria implica tener en cuenta algunos aspectos: el espíritu del país, la naturaleza de la lengua, el ambiente que se respire y el auditorio. Existen distintos tipos de oradores: los que improvisan, los que memorizan y los que escriben lo que van a leer. Colombia cuenta con una galería de notables en la elocuencia tribunicia, entre los cuales Jorge Eliécer Gaitán ocupa un lugar de preeminencia.

Palabras clave: voz, gesto, ademán, Jorge Eliécer Gaitán, elocuencia.

Eloquence: the art of speaking. Posture, manners, gesture and voice

Abstract

All genres and styles of eloquence aim at moving and convincing. The art of speaking must distinguish itself according to the circumstances in which this one takes place. A good oratory performance must take into account some aspects: the spirit of the country, the nature of the language, the surrounding atmosphere and the audience. There are different types of speakers: those who improvise, those who memorize and those who read what they are going to say. Colombia counts on a gallery of notables at the platform eloquence, amongst which Jorge Eliécer Gaitán occupies a preeminent place.

Keywords: voice, gesture, manners, Jorge Eliécer Gaitán, eloquence.

Éloquence: L'art de parler. Posture, manières, geste et voix

Résumé

Tous les genres et styles de l'éloquence cherchent à émouvoir et convaincre. L'art de parler doit être différencié selon les circonstances où on en fait usage. La bonne exécution oratoire doit prendre en compte certains aspects: l'esprit du pays, la nature de la langue, l'air ambiant et l'auditoire. Il existe différents types d'orateurs: il y a ceux qui improvisent, ceux qui parlent par cœur et ceux qui écrivent ce qu'ils vont lire. La Colombie en a une galerie de notables de l'éloquence des tribunes, parmi lesquelles Jorge Eliécer Gaitán occupe une place prééminente.

Mots-clés: voix, geste, manières, Jorge Eliécer Gaitán, éloquence.

* e-mail: estanflorez@hotmail.com

¿EN QUÉ CONSISTE LA ELOCUCENCIA?

La elocuencia tiene dos propósitos que identifican su condición auténtica: el de convencer y el de conmover. Estas características definen muy bien el objetivo para el cual existe. El hombre elocuente, con su estilo, utiliza el instrumento de su voz fluida para comunicar determinado pensamiento y sembrar ideas en el auditorio congregado para escucharlo. La improvisación de las palabras es espontánea y si acaso súbita o repentina, y brota del caudal de su ilustración para decir lo que siente y lo que se propone. La belleza de la expresión es fruto de una sensibilidad culta y nace del alma. Antes de emprender, por ejemplo, el análisis de las características peculiarísimas de la elocuencia de Jorge Eliécer Gaitán —cuya muerte trágica acaecida hace sesenta años el país conmemoró recientemente, alzando desde tempranas horas una negra bandera de recuerdos de la “fecha nefanda”— es necesario elaborar un sucinto y a la vez preciso y adecuado estudio sobre la facultad de hablar ante muchedumbres para persuadirlas y emocionarlas.

Se acepta generalmente el criterio de que la elocuencia, sustentada en el lenguaje oral, debe dividirse en diversas tonalidades y propósitos de acuerdo con las circunstancias en las cuales se vaya a ejercer. Los oradores deben escogerse según el escenario que convenga a su condición. Hay oradores de plaza pública, de recinto cerrado, académicos, forenses, religiosos, militares... Quienes han pretendido salirse de los escenarios para los cuales han sido dotados por su capacidad natural o porque han pulido sus ambiciones y adiestrado sus mentes y facultades para brillar en ellos, han tenido que resignarse a salir de los recintos con la pesadumbre de no haber podido reinar en la tribuna.

En ningún escenario basta que la expresión esté iluminada por faros de moral o de verdad. Es necesario que la tesis y el propósito de exponer el motivo formalicen un mensaje transmitido por una garganta educada para emitir las palabras con un ritmo triunfal. La elocuencia florece entre lo que se expresa —el mensaje—, cómo se lo expresa —la voz— y quién lo escucha —el auditorio—. Estos tres elementos constituyen los pilares del arte de hablar y tienen participación unánime en la creación de la obra de arte tribunicio. Ocurre exactamente igual en la tauromaquia: el diestro, el toro y el público se conjugan para el éxito de la faena de arena, sol y muerte.

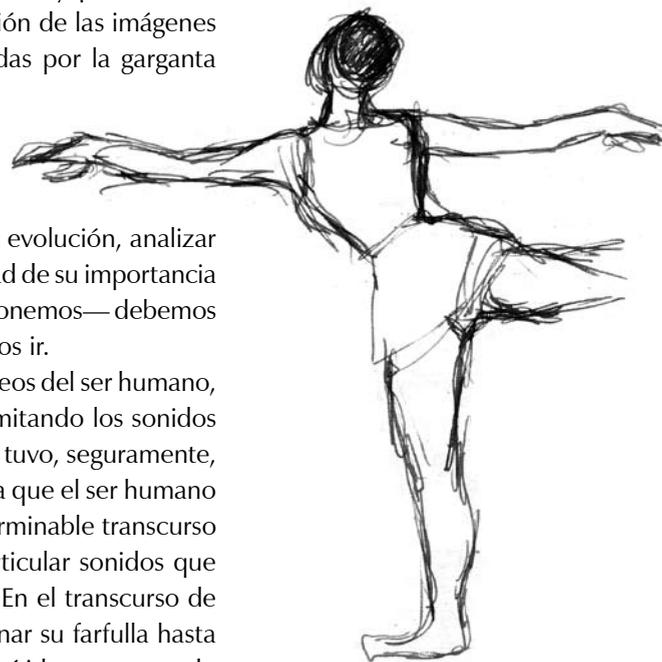
Quien lleva la palabra deberá estar dotado de condiciones entre las cuales sobresalga la inteligencia para la efectiva ejecución del discurso. Debe ser imaginativo para crear, castizo para bien decir, recursivo para comparar y preciso para definir. El pensamiento que se expresa de viva voz se sublima. En el arte de hablar, el talento muestra una de sus formas supremas de belleza y sabiduría. Si bien algunos plasman su sensibilidad en el estático escenario de un lienzo que parece que hablara; otros, en un vitral iluminado; otros más, esculpiendo una figura vivificada en la maravilla de sus líneas, vemos también la belleza escrita por la pluma musical de los poetas. Jesús —para poner de ejemplo a una de las personalidades cumbre de la historia del género humano— escogió el verbo para enseñar un camino de luz y para señalar otro de tinieblas. La elocuencia es, pues, el prodigio de la expresión de las imágenes contenidas en la mente humana en forma de palabras moduladas por la garganta como un arpegio.

HISTORIA DE LA ELOCUENCIA

Para rastrear la aparición del arte tribunicio, seguir la huella de su evolución, analizar con seriedad su proceso histórico y entender con claridad la majestad de su importancia —así sea someramente, por las limitaciones del espacio de que disponemos— debemos remontarnos al origen de la humanidad. Hasta ese confín debemos ir.

Si retrocedemos, en primer lugar, hasta los primeros balbuceos del ser humano, a la más primitiva forma de comunicación, el hombre aparece imitando los sonidos de la naturaleza. De ahí en adelante, el desarrollo de la expresión tuvo, seguramente, innumerables tropiezos y vicisitudes. Fue una lucha constante en la que el ser humano intentó manifestar lo que sentía y exigir lo que requería en el interminable transcurso de más de ochocientos mil años, hasta que su garganta logró articular sonidos que identificaban objetos y daban voz a sentimientos y aspiraciones. En el transcurso de esta evolución, su cerebro sufrió cambios que le permitieron refinar su farfulla hasta convertirla en habla. Entonces, su expresión se hizo articulada y nítida porque pudo exteriorizar sus sentimientos sin necesidad de acudir a los extravagantes recursos físicos o a los brutales gestos corporales que habían constituido el idioma ineludible de su intercomunicación con sus congéneres. (Esta, en cambio, con el trasiego de la historia, se ha ido pareciendo cada vez más a un mar simbólico donde los individuos navegan juntos pero sin cuya presencia real se sienten solos, marginados, inexistentes).

Desde entonces, en el transcurso de todo su periplo, el hombre ha vivido bajo la preocupación constante de imponer su criterio, exigir el cumplimiento de su voluntad y, en consecuencia, dar a su palabra una áurea brillantez. Benjamin Disraeli dijo que





con las palabras se gobierna a los hombres. De modo que el necesario instrumento de la oratoria hubo de aparecer desde el amanecer de los tiempos, sin inventarlo. Surgió, sin saberlo, de su precaria utilización en la revuelta de los siglos, cuando el fuerte quiso gobernar al débil, cuando la imaginación sirvió para colorear la idea puesta al servicio de los intereses de una comunidad en la búsqueda de su suerte. Sobrevino entonces aquella como virtud indispensable para transformar lo cotidiano en eterno y lo relativo en absoluto. La imaginación, pletórica de imágenes, se fue introduciendo en el ámbito de la expresión, convertida en fuerza subordinada a la inteligencia para la exposición de las ideas. El discurso era dueño ahora de dos factores vitales: su mensaje y su atavío de imágenes. De ahí que debamos tener presente un tercer factor, necesario e irremplazable: la memoria. A ella aludiremos más adelante.

CONDICIONES DE LA ELOCUCENCIA

Conmover y convencer, como dijimos, son el propósito, la finalidad y el sentido de todos los géneros y estilos de elocuencia. Pero para la buena ejecución oratoria es indispensable tener presentes algunos aspectos que entran en juego y contribuyen al éxito del ser elocuente.

El espíritu del país

¿Cómo es el país, anímicamente hablando? El comportamiento del orador, en un país volcánico por temperamento, debe estar acorde con el espíritu nervioso de sus gentes. El discurso no debe ser extenso porque se vuelve tedioso, y un auditorio convulsivo puede tornarse pasivo. Cualquier concurrente se fastidiará y se irá. Si no puede retirarse, hablará con el vecino, o es muy posible que termine dormido. La vivacidad francesa, por ejemplo, no acepta la monotonía de la exposición. Si el carácter de la nación es frío, como el de los americanos del norte, muy difícil será entusiasmarlos. A esta clase de espectadores no les interesa que la exposición sea larga o corta. Pueden permanecer muchas horas sin escuchar, y las palabras del orador caerán como lluvia.

La naturaleza de la lengua

Si, por ejemplo, la lengua es áspera y rigurosa como la inglesa, a la vez altiva y desdeñosa, el estilo no desempeña papel alguno en el escenario. Se debe buscar el fondo de las cosas. El verbo debe liderar toda la frase, porque así se concentrará más la atención del auditorio. Si la lengua es pomposa y dulce como la italiana, imperarán

la musicalidad de los períodos y la cadencia armoniosa de las terminaciones. Si la lengua es la hispanoamericana, será necesario que adjetivos contundentes coronen frases armoniosas para producir un efecto emocional.

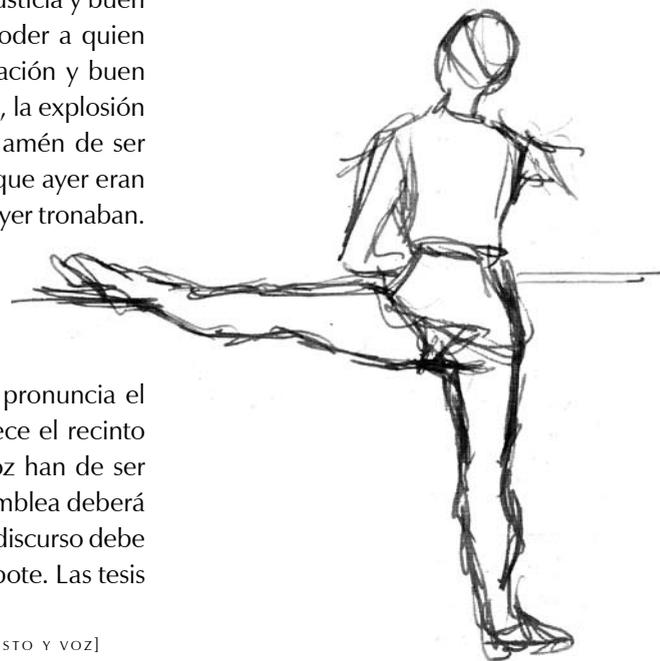
El ambiente político que se respire

Se debe considerar un aspecto muy importante: la actualización del tema del discurso según la coyuntura política que se viva. Si en el país se respira turbulencia social por el descontento de la mayoría con su situación social y se exige un cambio de gobierno o un viraje del gobernante para organizar con justicia la república, el discurso que se eleva, la expresión que se ensancha y la turbulencia apasionada de las ideas y sentimientos que se entusiasma y encoleriza constituyen una elocuencia persuasiva y poderosa. El auditorio se vinculará emocionalmente al orador y compartirá con él el fondo y la forma, el sentido y la manera como transmita la idea fundamental. La ondulación verbal que desencadene y controle el tribuno exacerbará, apaciguará, enardecerá, silenciará, indignará, serenará y enervará al auditorio aglutinado ante él. Una época así impone un estilo y una conducta tribunicia a la oratoria revolucionaria. Mientras exista tal situación social en un país de temperamento fuerte, este estilo de oratoria se hace necesario como instrumento de persuasión para soliviantar los espíritus.

Lo contrario ha de ocurrir cuando los tiempos son tranquilos, cuando la vida es apacible y no se avizoran enemigos, cuando hay abundancia, orden, justicia y buen trabajo, cuando los partidos no pretenden, iracundos, arrebatarle el poder a quien gobierna en paz y con buen criterio, cuando todo es armonía, conciliación y buen vivir...; mejor dicho, cuando se habita un paraíso. En tales circunstancias, la explosión de algún desquiciado resultará, sencillamente, ridícula, fuera de tono, amén de ser medio injusta, además. Cada época requiere su propia elocuencia. Los que ayer eran verdaderos energúmenos son hoy mansos corderos. Hoy cantan los que ayer tronaban. Cada momento de la vida tiene su tribuna.

El auditorio

La cuarta condición está relacionada con el auditorio. ¿Ante quién se pronuncia el discurso? No es igual el parlamento a la plaza pública. En nada se parece el recinto cerrado al espacio abierto. Ante el pueblo, el gesto, el ademán y la voz han de ser emocionantes y vibrantes y rebosar de calor. La exposición ante una asamblea deberá ser eminentemente de fondo y exhibir la forma adecuada. El volumen del discurso debe adecuarse a la distancia de las paredes para que la voz no retumbe ni rebote. Las tesis



se pondrán sobre la mesa para analizarlas al imperio de la lógica y el conocimiento. El orador no debe titubear, porque, si lo hace, causará la impresión de que tiene dudas sobre lo que dice y anulará el objetivo de convencer. Si no convence, tampoco emociona; solo obtiene una amarga frustración. Si titubea por falta de fluidez —y esto es natural en ciertas mentes que brillan en otros campos, como ocurre con los escritores—, debe aceptar que carece del instrumento más valioso que debe tener el orador: elocuencia.

TIPOS DE ORADORES

Hay tres clases de oradores:

Los que improvisan sin saber lo que van a decir. El improvisador nato tiene bagaje cultural. Sobre las cosas más sencillas puede desarrollar una disertación importante y válida, que emocione y convenza. En Colombia se destaca Eduardo Santos como el improvisador más elocuente, castizo, ameno y culto. No era orador de escenario abierto sino de recinto cerrado. Su raciocinio discurre como un surtidor que no se detiene. Si el tema es de importancia universal, lo sublima; si es insignificante, lo magnifica.

El arte de la improvisación es eminentemente temperamental. El improvisador está siempre listo a hablar sobre el tema que aparezca sobre el tapete. Su presencia en la tribuna es natural por su comportamiento un tanto desaliñado y espontáneo. Tiene cultura, ha leído mucho y es dueño de ademanes que acompañan armoniosamente la expresión y marcan su ritmo. Posee también una percepción intuitiva del ambiente de su auditorio y sabe despertar o acicatear su interés. Además, su voz, lejos de zumbar de manera monocorde, sube o desciende por escalas y tonalidades ceñidas a los vaivenes del desarrollo de la alocución.

En el arte de hablar de manera improvisada existe un factor irremplazable: la memoria. Político, catedrático u orador sin memoria quedará sepultado en un estruendoso fracaso. El memorioso cuenta anécdotas, relata historias, hace alusiones, cita fechas, enuncia nombres, reconstruye episodios en medio de la admiración general de su audiencia. Recordar o retener es facultad necesaria para sacar a colación y enaltecer o deplorar cualquier suceso que se viva según su índole. Durante el discurso se debe apelar a la memoria como recurso valioso para sustentar el argumento que se exponga a la atención de la audiencia. El improvisador de plaza abierta agita los brazos y alza la voz, utiliza términos sorprendentes y altisonantes y sus ojos se tornan aguileños. La emoción de la concurrencia lo inspira porque es, precisamente, el combustible de su discurso.



Los que memorizan lo que van a decir y lo recitan. El orador que aprende de memoria lo que va a exponer, se introvierte en su cerebro y se concentra plenamente en recuperar lo que ha almacenado. El tiempo de memorización desempeña un papel importantísimo. Si lo que va a recitar es reciente, hay gran probabilidad de olvidarlo en el momento porque no se ha fijado en las estancias de su cerebro con la suficiente antelación para poder decirlo sin pensar. Por mucha facilidad que tenga para aprender de memoria, el orador que recita corre el riesgo de que, por el olvido de una mera palabra guía, se desgrane todo el rosario que había hilvanado. En cambio, el que aprende de memoria con bastante anticipación lo que va a decir, y lo repite a menudo, como un ejercicio, no lo olvida una vez llegada la hora de la verdad, pues lo habrá retenido mentalmente. Expresa sin titubear lo que grabó en su mente, ya que no lo piensa, vale decir, lo ha mecanizado.

El que pronuncia de memoria un discurso es, en el fondo, un actor o un autómatas que engaña al público. Unas veces se precipita, otras se detiene en actitud pensativa, como buscando el término adecuado, todo para dar la sensación de que improvisa. Recita con ademanes teatrales, no espontáneos. Su elocuencia es hija de la memoria, no de la invención. Es hombre del pasado, no del momento. No se le puede interrumpir porque pierde el hilo de la sucesión de palabras que ha “instalado” en su mente.

Los que escriben lo que van a leer. Los oradores que leen deben tener condiciones especiales; la de saber leer, en primer término. Este es un arte nada común. Son muy pocas las personas que cultivan el arte de leer para los demás. La entonación, las pausas, las cadencias, los cambios armónicos de la voz y la acentuación de ciertos vocablos son factores determinantes a todo lo largo de la lectura. En la historia de la elocuencia colombiana no ha habido muchos lectores en verdad sobresalientes. Personalidades que ocupan posiciones destacadas en el mundo de la política, de la cátedra o de la diplomacia leen con monotonía, sin matices, finalizando con la misma voz con que principiaron. Entre los impecables podemos señalar cuatro, únicamente: Eduardo Santos, Alberto Lleras, Jorge Zalamea y Fernando Londoño y Londoño. Su dicción era perfecta; cadenciosa, su voz. Producían, en el auditorio, un efecto musical que aguzaba el intelecto y fijaba la atención de los oyentes, cautivados por la musicalidad de la lectura.

Este arte de leer es facultad que no se aprende, sino que surge como un atributo superior en el cual se aprecian varios elementos, como la calidad de la expresión oral y una manera personalísima de realizar la puntuación y manejar el ritmo, el cual debe marcarse mesuradamente, sin exageración. Este tipo de lectura es, en realidad, una ejecución orquestal con muchos timbres que provienen del único instrumento ejecu-





tante: la voz. Si bien ningún orador debe ser monocorde, este defecto, casi incurable, es mucho más grave en los oradores-lectores, porque el sonido de la voz en la lectura es mucho más propenso a caer en la monotonía y se hace muy pesado a medida que transcurre la ejecución. Es evidente que personajes de mucha altura —académicos, científicos, poetas y otros literatos consumados— no saben leer para el público, aunque sí, desde luego, para sí mismos. Esta virtud, que podría ser un maravilloso instrumento para presentar sus trascendentales creaciones, les ha sido vedada por la mezquina prodigalidad de la naturaleza. Poetas de la mayor sensibilidad son pésimos lectores, y sus versos, maravillosas obras de arte, se degradan en sus voces y deben ser rescatados por maestros de la declamación escénica o leídos en silenciosa intimidad.

LA ELOCUENCIA Y EL MIEDO

El miedo que se siente antes de intervenir y que no suele desaparecer durante toda la trayectoria del discurso es un elemento decisivo en la ejecución del arte oratorio. Carlos A. Loprete, uno de los grandes tratadistas sobre el apasionante tema, escribió: “El gran enemigo del orador es el temor o miedo. Este paraliza la lengua, seca la boca y la garganta, produce transpiración, engendra movimientos torpes del cuerpo, los brazos y las piernas, traba la articulación y la voz y, lo que es peor, obnubila la mente. En una palabra, es un fenómeno psíquico paralizante”.

Cicerón mismo consideraba muy afortunado al orador que no sintiera erizarse sus cabellos ante el público. Juvenal asemejó la emoción que experimenta quien habla en la tribuna a la de quien pone un pie desnudo sobre un reptil venenoso. Cuando le preguntaron a un grandilocuente y profundo hombre público colombiano, el maestro Darío Echandía Olaya, sobre el miedo que sufren los oradores, respondió, pacientemente, que ciertos personajes no temblaban de miedo, sino de pánico. Pero también, en muchos, el temor se va desvaneciendo en forma paulatina al avanzar en la exposición hasta desaparecer totalmente. Este miedo se puede superar familiarizándose con los auditorios, tratándolos continuamente, es decir, haciéndolos parte del discurrir cotidiano.

LA “PRESENCIA” DEL ORADOR

El orador elocuente, al aparecer en la tribuna —escenario que sobresale del común—, es personaje que, con su sola presencia, ejerce inmediata influencia en la multitud. Siempre erguido, la cabeza levantada, las manos seguras aunque flotantes y alejadas del micrófono, la mirada fija en el centro del auditorio, el ceño ligeramente fruncido,

los hombros algo adelantados, los brazos en leve movimiento inicial, el cuerpo firme y a la vez elástico, comenzará su intervención con voz pausada y grave. Todo su aspecto debe denotar seguridad y dominio del tema. En algunos casos, cuando actúe ante auditorios convulsionados por la emoción, en medio de gritos y de emociones espontáneas, iniciará su discurso evocando alguna circunstancia que exalte aún más el ánimo del momento, para luego ir acallando el ambiente merced al interés que despierta la elocuencia apasionada y fogosa. Cuando llegue al completo dominio de los espíritus sobresaltados, el tribuno iniciará el desarrollo del tema, utilizando su capacidad de improvisación, introduciéndose en la mente de cada manifestante con acopio de palabras precisas que inundarán de emoción el ambiente. No lanzará gritos estentóreos acompañados de ademanes sobreactuados. Su exposición, emocionada y emocionante, estará siempre regida por la estética de las obras de arte, llevando la emoción del momento a gran auge y solemnidad. Electrizado así el ambiente, el orador elocuente bajará de la tribuna en medio del clamor general.

LA ELOCUCIÓN EN COLOMBIA

En América Latina, el único país que puede presentar ante los ojos del mundo un álbum de brillantes elocuciones es Colombia. Célebres personalidades de otras repúblicas han descollado indudablemente en el campo intelectual, técnico y científico; pero en los estadios de la elocuencia tribunicia solo los colombianos podemos mostrar lujosa galería de notables. No pocas figuras han iluminado aquí el panorama político, académico y artístico con su inteligencia y con el instrumento musical de la palabra. Al realizar un inventario minucioso de valores, sin dejar al margen ningún nombre excelente, pero también sin incluir figuras que no calificaran tras riguroso escrutinio, yo he contado veinte. ¿Qué otro país puede darse el lujo de abrir un álbum de tantas figuras de tan sonoro renombre? He guardado todas sus voces en mi archivo privado con la intención de darlas a conocer a las nuevas generaciones en una enciclopedia multimedia complementada con reseñas biográficas que señalen y enseñen el curso de sus vidas ilustres.

En Colombia, la elocuencia alcanzó su auge entre finales del siglo XIX y las postrimerías de la primera mitad del siglo XX. José María Rojas Garrido (1824-1883), el maestro Guillermo Valencia (1873-1943), Enrique Olaya Herrera (1880-1937), Antonio José Restrepo (1885-1933), Laureano Gómez (1889-1965) y Jorge Eliécer Gaitán (1898-1948), entre muchos otros, la utilizaron brillantemente para cumplir sus empeños, entre los que figura uno que no se puede descartar o desconocer: hacer política al servicio de determinadas ideas, buscando gobernar. Esta gesta mental aviva cierta



vanidad recóndita —o expresa sin ambages— que no se oculta en las tribunas, donde el imperio del arte oratorio ejerce su mayor influencia en las multitudes. Muchos de aquellos hombres descendieron de los escenarios en hombros del pueblo, llenos de natural vanidad porque habían descollado gracias a un talento nada común que los hacía parecer superdotados.

A continuación presento la figura de un caudillo que quizá constituya la personificación o el arquetipo de la elocuencia en nuestro país.

JORGE ELIÉCER GAITÁN

Cumplidos sesenta años del asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, es importante señalar sus eximias condiciones de tribuno y de orador forense, así como las de orador académico, que exhibió en innumerables oportunidades. Como se trata de señalar aquí las condiciones del tribuno hay necesidad de exponer lo siguiente sobre su vida de hombre público al servicio de sus ideas y sobre su lucha pertinaz, sostenida sin vacilaciones durante veinte años.

Gaitán inició su accidentada carrera pública en 1928, cuando se hizo representante de las masas inmoladas en la región de las bananeras del departamento del Magdalena. De ahí en adelante, su actividad estuvo siempre inspirada en programas puestos al servicio de ideales populares que hasta el momento de su aparición se habían ignorado. El país se mecía en un ambiente político enrarecido por incontables guerras civiles, y la miseria del pueblo transcurría bajo el yugo de una hegemonía de medio siglo de pecado mortal y de padre Astete. Romper esas cadenas y abrir la mente del pueblo en busca de nuevos senderos hacia el porvenir, más promisorios, más seguros y halagüeños, fueron su propósito inquebrantable hasta el día de su muerte. Desde muy niño hizo conocer sus aptitudes de rebeldía y su extraordinaria capacidad para hablar ante multitudes. Este don de su naturaleza rebelde se conoció cuando, en diversas ocasiones, irrumpió en las tribunas para dirigirse a nutridos auditorios.

En la página 76 de su libro *Mis contemporáneos* —de la Colección Antologías de Sábado—, el escritor Juan Lozano y Lozano se refirió así a este aspecto de la personalidad de Gaitán cuando apenas contaba doce años de edad:

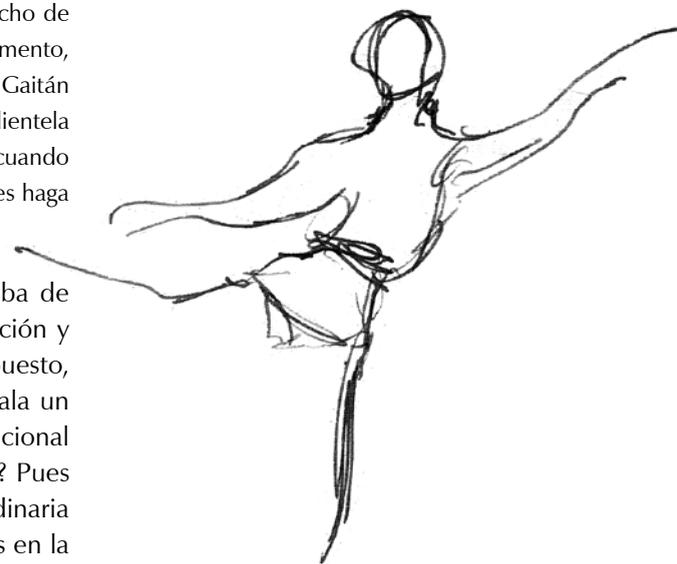
Una vez que se celebraba en Bogotá el centenario del sacrificio de Ricaurte, 1914, y ante el monumento del parque de los Mártires hablaban los prohombres designados, monseñor Carrasquilla, Fabio Lozano, Hernando Holguín y Caro, y debía recitar una preciosa niña de la aristocracia, Maruja Vega, hoy la gran dama esposa de Carlos Arango Vélez. Allí se suscitó un incidente fastidioso, porque cada vez que un orador bajaba



de la tribuna, aparecía allí la figura desarrapada de un jovenzuelo, que no estaba en el programa, y decía: “Señor Presidente de la República, señoras, señores...”. En ese estado de su discurso lo agarraban los policiales y lo tiraban para abajo; y al siguiente turno volvía a aparecer, como un muñeco de ventrilocuo, la cabeza del jovenzuelo en la tribuna porque el cuerpo no le alcanzaba para más; y venían entonces nuevas medidas más drásticas de la policía para preservar la solemnidad del espectáculo. Y cuando al fin terminaron los oradores y la gente se levantaba para irse, hubo un margen de tolerancia, y Jorge Eliécer Gaitán pronunció, con excelente voz, su arenga patriótica. El presidente y los personajes volvieron a sentarse, y el público regresó para oírlo; y fue muy aplaudido.

Así ha hecho Jorge Eliécer Gaitán para obtener audiencia en Colombia; y así se ha hecho respetar como estudiante laureado de las viejas universidades de Europa; como intelectual dirigente de la vida colombiana; como gran personaje de nuestra política y de nuestra vida de sociedad; como propietario y conductor de los más lujosos automóviles que han llegado a Bogotá; como el mejor cotizado defensor criminalista del país; como borrascoso interpelante contundente; como dueño, en fin, de una regular fortuna económica. Todo eso lo ha construido con sus manos, contra todo y contra todos. Del mozo que al graduarse hubo de instalar en un tercer patio un escritorio y un taburete alquilados a Ballesteros por dos pesos mensuales, va un gran trecho de lucha al hombre que encuentro en su estudio legal, que es todo un departamento, frente a una mesa labrada, en medio de atareadas mecanógrafas y telefonistas. Gaitán se da el lujo de conversar conmigo de lo divino y de lo humano, mientras la clientela espera. Es una satisfactoria prueba que Gaitán hace de su prestigio profesional; cuando salgo, bien avanzada la tarde, están ahí todos los clientes, esperando que se les haga pasar por turno.

Su lucha es ejemplo de capacidad y de constancia obsesiva. Trataba de abrirse paso a codazos por entre una marisma de gentes hostiles a su aparición y a sus programas que se creían dueñas de la conciencia nacional y, por supuesto, de la suerte del país desde la Colonia. Por eso, cuando una voz nueva señala un nuevo horizonte, saltan a su camino todos los defensores de la política tradicional para oponerse a semejante irrespeto. ¿Y cómo emprendió Gaitán su batalla? Pues blandiendo una enhiesta bandera de lucha que lo haría grande: su extraordinaria capacidad tribunicia. Había cursado en Italia, durante su período de estudios en la Facultad de Criminología de la Universidad de Roma, todo un tratado de oratoria. Además tenía condiciones personales que lo acreditaban para descollar en la tribuna con majestad y elegancia. Todos los requisitos que se necesitan para hablar en tarimas



ante cualesquiera auditorios los exhibía Jorge Eliécer Gaitán en sumo grado. Lo habrán verificado quienes hayan escuchado después de su muerte sus intervenciones en grabaciones de su voz. Pero quienes tuvimos también la oportunidad de verlo y oírlo en persona sabemos muy bien que su apostura tribunicia, acompañada de una voz rigurosamente educada que podía subir hasta obtener notas altísimas, era portentosa. De él existen fotografías estatuarias que lo presentan con un donaire tribunicio verdaderamente impecable. Su manera de sostener los brazos en alto sin desarmonizar con la postura del cuerpo, siempre erguida, y su cabeza mirando hacia el infinito con ojos de águila y con la boca abierta en una expresión violentamente apasionada nos revelan la figura perfecta del tribuno.

Eduardo Caballero Calderón hizo, en estilo impecable, una reseña sobre el líder que es importante recordar. Edición del 9 de abril de 1968 de *Caudillos y Muchedumbres*:

La palabra de Jorge Eliécer Gaitán, y su muerte trágica iluminada por el incendio que devoró su ciudad, partieron en dos la historia contemporánea de Colombia. Y desapareció Gaitán en el momento en que su recia personalidad de caudillo se había impuesto a los jefes del partido que lo combatieron acerbamente. El 9 de abril de 1948 su nombre se confundía con el liberalismo. Pero del análisis de los antecedentes y las consecuencias de la muerte de este hombre, cuyo apellido está escrito con sangre en la memoria de los colombianos, se encargarán los historiadores del mañana, cuando se hayan serenado los ánimos y su figura se purifique de las nieblas, los vahos de la pasión política y las falsas leyendas que todavía la oscurecen. Gaitán ya no pertenece a un partido y a un momento aciago de la vida de los colombianos. Veinte años después de su muerte, Gaitán le pertenece a la historia.

Yo prefiero recordar su estampa de caudillo de masas y su personalidad de conductor y de amigo, que ahora reviven en forma impresionante al través de su propia voz milagrosamente detenida en el aire. Gaitán era un hombre brillante, culto, cordial, a quien le encantaba dialogar con los amigos sobre toda clase de temas y problemas. Le interesaban la historia y la sociología. Como perspicaz catador de libros y de hombres, presentía lo que hoy es una verdad: que contra todas las apariencias, lo que queda del hombre es su palabra. La suya, irónica y cadenciosa, fluía en la conversación de sobremesa, en la tertulia del café, en la intimidad de la casa de los amigos, sin la menor pedantería, sin ningún rebuscamiento, con la espontaneidad de un estudiante que discute una teoría política. O recita unos versos, o recuerda a una mujer. Tenía él un enorme atractivo personal, y su presencia en el círculo de quienes lo estimaban suscitaba un diálogo apremiante. Cargaba el ámbito de electricidad y ponía en tensión todos los espíritus,



solo que el mismo se encargaba de apaciguarlos al recordar una anécdota graciosa o al hacer, de sus amigos, una caricatura verbal.

Pero cuando hablaba en público, en el Congreso, o desde el balcón de una plaza, o en un banquete, o en un teatro, su voz encantaba a las muchedumbres como la flauta de un domador de serpientes. Al margen de lo que decía, aun sin entenderse lo que estaba diciendo —pues muchas veces a cien metros de distancia del orador, en tiempos en que no se utilizaba el micrófono, nadie podía comprender nada— su ademán imperioso, su gesto apasionado, el canto y el encanto peculiar de su voz de acentos populares, enardecían o amansaban a las muchedumbres. A ese efluvio de su personalidad, proyectado y reflejado en su voz, no lográbamos sustraernos ni aun quienes, como yo, teníamos el espíritu crítico y desconfiado de los escritores. Muchas veces al acompañarlo en algún acto público, yo trataba de libertarme de esa onda magnética que electrizaba el ambiente y ponía a vibrar los nervios de sus auditorios, pero a los pocos minutos de escucharlo me sentía aspirado por aquel torrente, galvanizado por aquella descarga humana, y dejaba de ser yo mismo para convertirme en una limadura de hierro entre la muchedumbre. Quienes no han sufrido una experiencia semejante no pueden comprender lo que es un caudillo y un orador en movimiento. No hay que leerlo sino escucharlo. Su espíritu está en su voz más que en el contexto de sus palabras. La oratoria no muere nunca y su ascendiente sobre los hombres continúa intacto; lo que pasa es que en ciertas épocas, como la nuestra, han desaparecido temporalmente los oradores.

Cuando en 1946 el Partido Liberal, fatalmente dividido entre Gabriel Turbay y Jorge Eliécer Gaitán, perdió las elecciones presidenciales y, desde luego, el poder, las gentes quedaron desconcertadas ante la derrota sufrida. Hubo desbandada de personalidades liberales que aceptaron la penosa realidad, y las muchedumbres, que tan ardorosamente habían acompañado a su jefe en la mayor gesta política de todos los tiempos, quedaron sumidas en el más dramático desfallecimiento. Casi inmediatamente, la voz del jefe se hizo sentir congregando a sus partidarios en Bogotá en el recinto cerrado del Teatro Municipal. La reunión fue, ciertamente, silenciosa. Ni un viva, ni una voz, ni un clamor se escucharon en el ambiente general de la sala llena de contritos. Gaitán entró sin saludar por la calle principal de la platea, serio, tranquilo y a la vez solemne. De súbito, cuando no se oía ni el zumbido de una mosca, el caudillo se levantó de su silla y dijo: “Iniciamos hoy la nueva batalla”. Un estruendo de clamorosas voces de júbilo inundó la sala. Alguien dijo: “¡Viva Jorge Eliécer Gaitán!”, y la respuesta multitudinaria no se hizo esperar. En esa ocasión histórica, el tribuno pronunció un discurso que lo ratificó como jefe y lo consagró



como el gran batallador de todos los tiempos. De ahí en adelante hasta su asesinato su vida se proyectó inspirada por un solo propósito: llegar al poder. Su oratoria inundó todos los rincones del país y su carrera triunfal no pudo ser detenida sino con los tres balazos que segaron su vida.

Cuando un orador consumado como Jorge Eliécer Gaitán apoya su acción política en ideologías serias y la fundamenta en novedosas propuestas de progreso social, no puede ser derrotado por insensatos repetidores de doctrinas equivocadas. Cuando esos programas de lucha están sostenidos por una vida limpia al servicio de normas morales, el resultado no puede ser sino triunfal para beneficio de los pueblos. Haber utilizado su gran capacidad de lucha para apoyar el sistema democrático sin sombras, hizo posible que todo el Partido Liberal se uniera alrededor de su bandera para reconquistar el poder y demuestra fehacientemente el valor histórico de la elocuencia.

